

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII. DIRECTOR PROPIETARIO:
Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria 58.

COLABORADORES:
Todos los suscritores. NÚM. 527.

MURCIA 3 DE JUNIO DE 1900.]

La Juventud Literaria

Á UN POETA

He sabido con pesar
que malgastas, buen amigo,
tu claro ingenio en rimar.
Yo, con franqueza, te digo
que me quieres disgustar.

Quien como tú piensa y siente
y á un buen porvenir aspira,
obra torpe y neciamente
arrancándole á la lira
notas que no oye la gente.

Si, porque, al goce sujeta,
jamás escucha el sonido
que la pasión interpreta.
¡La sociedad siempre ha sido
ingrata con el poeta!

La corona de laurel
con que engalana su frente,
la consigue en lucha cruel,
y en su brillo resplandeciente
hay manchas de sangre y hiel.

Víctima injusta del hado,
solo alcanza la victoria
cuando ya lo han enterrado;
y, al fin, si ha ganado gloria,
¡dime tú lo que ha ganado!

De dolor y de ansiedad
sus canciones están llenas,
que en su triste soledad
él siente todas las penas
de toda la humanidad.

Y es tanta la desventura
que pesa sobre el cantor,
que del mundo el bien procura,
¡y el mundo ni aún una flor
coloca en su sepultura!

De sus cantos á compás
trueca en mieles los venenos;
pero en la vida jamás
logra ser tenido en más
que muchos que valen menos.

No hagas versos, por Dios vivo,
si no quieres el desdén
sufrir de ese mundo altivo,
que solo, y hace muy bien,
está por lo positivo.

Déjate de rimas suaves
y de pensamientos graves
si anhelas dar en el blanco;
en el mundo, tú lo sabes:
herrar ó quitar el banco.

Mal harás si con excusas
mi buen consejo rehusas
y no te vuelves atrás,
¡pues pronto renegarás
del pago que dan las musas!

JOSE TOLOSA HERNANDEZ.



LA BELLEZA Y EL AMOR

(CUENTO)

Cierto día llegó á una gran ciudad una niña, rubia y joven, pues apenas contaba diez y seis años, llevando en su semblante retratadas la alegría y la satisfacción; vestía un traje de escarlata como el que las labradoras usan.

¿Quién era aquella niña hermosa? ¿Como se llamaba? ¿En dónde venía? Esto no es lo que yo no puedo decir, pues lo ignoro como vosotros mismos.

Cuando esa niña, que no era otra que la Belleza, llegó á la ciudad, encontróse asombrada al ver aquella multitud de edificios y el inmenso gentío que por las calles discurría; y confusa y atontada, se preguntaba:—¿Cómo me arreglaré para encontrar, entre tantas casas, las que he de visitar?—Pero divisó, no muy lejos de ella, á un joven cubierto de oro y pedrerías. Como llevaba un carcaj á la espalda, debía, sin duda, ser un cazador real que la miraba complaciente.

—Señor—le preguntó ella—ruego á usted haga el favor de decirme si es usted de esta ciudad.

—Niña hermosa—respondió él—yo soy de todas las ciudades.

—Y en ésta donde nos hallamos, ¿conoce usted á mucha gente?

—Aquí como en todas partes, conozco á todo el mundo

—¿Podía, pues, enseñarme el domicilio de algunas personas á quienes mi madrina, que es mi buena consejera y un tanto hada, me ha encomendado que visite á mi llegada?

—Ciertamente que puedo hacerlo.

—Pues bien, hágame el obsequio de decirme: ¿dónde viven los sueños?

El joven contestó:

—En mi casa.

—¡Ah! ¡Qué feliz encuentro he tenido! ¿Y la Esperanza, dónde vive?

—En mi casa.

—¡Maravilloso!—dijo.—¿Y las Delicias?

—En mi casa.

—¡Eso es admirable!

—Y no dándose cuenta de tanta dicha, quería ir, más que corriendo, volando, á la habitación de aquel joven, que debía sin duda alguna vivir en un suntuoso y regio palacio, cuando daba hospitalidad á huéspedes semejantes.

Mas á medida que iba avanzando en su camino, su alegría se iba amortiguando.

—Pero—dijo la Belleza—éstas á cuya casa me conducis no son las únicas personas á quienes mi madrina me ha recomendado que visite, También me ha nombrado otras que no deben ser tan conocidas como aquéllas, puesto que nadie me ha sabido dar razón donde viven. ¿Podría usted decírmelo?

—Sí.

—Bien; entonces si tenéis la bondad, decidme, ¿dónde habita la Alarma?

—En mi casa.

—¡Ah! ¡Qué me ha dirigido la suerte al encontraros!—dijo la

Belleza, pero esta vez sin batir palmas.

—Y la Melancolía ¿dónde vive?

—En mi casa.

—¿Y la Tristeza?

—En mi casa.

—¿Y la Desesperación?

—En mi casa.

Entonces, mirando con un aire de sorpresa y de espanto al que de este modo se expresaba, repuso:

—No me explico como en vuestra casa albergueis á tan opuestos huéspedes!

El joven contestó:

—Lo comprenderéis fácilmente, cuando os diga que soy el Amor.

CATULO MENDES.



LA VIDA

La vida es como el agua
de los molinos:
baja de la montaña
por entre guijos,
dando espejo á las flores
y al aire vivos.
Forman después remanso
anchuro y tranquilo:
pasa bajo las piedras
que muelen trigo
por las angostas bóvedas
de un canalizo;
y sale al fin deshecha
y en torbellino,
para caer vencida
dentro de un río
que la lleva en sus ondas
al mar vecino.
La vida es cual la nube
que lleva el viento;
por la mañana gasa
prendida al cielo:
después rojo celaje,
de grana y fuego;
crespón cuando la noche
tiende sus velos,
suspense en el espacio
profundo y negro.
La vida es el celaje
de una esperanza

